

ELENA GALLEGO ABAD

DRAGAL

LA HERENCIA DEL DRAGÓN



ANAYA

DRAGAL
I. LA HERENCIA
DEL DRAGÓN

Elena Gallego Abad

ANAYA

1.^a edición: febrero de 2015

© Del texto: Elena Gallego Abad, 2015
© De la ilustración de cubierta: Miguel Abad, 2015
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-7096-1
Depósito legal: M-33532-2014
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A Adrián, por mostrarme una puerta mágica.
A Lois, por acompañarme en mi mundo de dragones
y guiarme de regreso.*

CAPÍTULO I

El secreto

LA SOMBRA DEL dragón alcanzaba todos los rincones, aunque Adrián era el único que podía sentir su presencia. El poder de Dragal se manifestaría muy pronto, pero para aquellos que lo ignoraban solo era un día más, como cualquier otro.

Todos los alumnos de la clase aguardaban con expectación la llegada de doña Ermitas con las calificaciones del examen de Matemáticas. Sabían que, como siempre, haría su entrada en el aula apenas dos minutos después de sonar el timbre.

Ni un segundo antes ni después.

La vieja profesora apareció puntual, con su carpeta abrazada contra el regazo. Muy despacio, colgó la chaqueta de lana roja en el respaldo de la silla y, tras saludar a los presentes, comenzó a repartir las calificaciones por los pupitres.

—Antón... Sin comentarios. Nos veremos en la recuperación y, como sigamos así, también el año que viene.

—Teresa... Podías haberlo hecho mucho mejor.

—Breixo... Hay que usar la cabeza para algo más que para sujetar la gorra.

—Antía... Sigue así. Un ocho.

—Marta... En esta ocasión yo esperaba mucho más que un aprobado justito.

—Miguel... Bien, raspadito, pero algo es algo.

Mientras la maestra realizaba su recorrido entre las mesas, acercándose poquito a poco al fondo de la clase, Adrián observó a través de la ventana. Las gotas de lluvia golpeaban contra los cristales pero el chaval había fijado su mirada más allá, en la fachada de la vieja iglesia de San Pedro.

Encontró su silueta en la cornisa, como siempre, y sonrió cuando el viejo Dragal le guiñó el ojo con complicidad.

El resto de alumnos, ajenos a los movimientos del dragón de piedra, permanecían en absoluto silencio y muy atentos a cada gesto de su tutora. Doña Ermitas, también ignorante de lo sucedido, siguió repartiendo exámenes hasta llegar a la altura de Adrián.

La profesora detuvo entonces sus pasos y posó el folio, garabateado por las dos caras con la característica y diminuta letra del chaval, sobre su mesa. En el margen superior, a continuación de los datos del alumno, en rojo y resaltado con un gran círculo, destacaba un «10» que a Adrián le pareció grande como un mundo.

—Aun no sé cómo lo has conseguido... pero me has sorprendido gratamente —reconoció.

El rostro del chaval se iluminó con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja. ¡Un diez! Por el rabillo del ojo pudo ver cómo la silueta de Dragal se removía en la cornisa. Sí, el dragón de piedra tenía la facultad de leerle el pensamiento y ya conocía la noticia.

Incapaz de centrar su atención en la clase, al sonar el timbre Adrián fue el primero en levantarse del asiento

para salir, aunque no pudo marcharse del aula tan rápido como hubiera deseado. La maestra detuvo sus pasos posando una mano sobre su hombro en un gesto que no pudo eludir.

—Aguarda... quiero hablar contigo.

En segundos quedaron a solas, frente a frente, profesora y alumno.

Doña Ermitas observó detenidamente al joven, que en las últimas semanas había perdido aquella mirada de niño extraviado con la que había ingresado en el instituto, a comienzos de curso.

—Quería darte mi enhorabuena. En esta ocasión has hecho un gran trabajo.

La maestra había estado todo el curso muy preocupada por aquel chaval. Hijo único de una familia destrozada por la catástrofe, había llegado al centro trasladado desde otra ciudad después de la muerte de su padre. «El tiempo es la mejor medicina para restañar las heridas del alma», pensó la docente.

Adrián no le respondió de inmediato. A doña Ermitas le pareció que dejaba vagar su mirada a través de la ventana del aula, que se abría a su lado, fijándola durante un instante en algún punto más allá. Fue apenas un instante, pero de inmediato su rostro se iluminó con una abierta sonrisa que dejó al descubierto los brackets de un corrector dental.

—Bien, en esta ocasión traté de hacerle caso y he apretado un poco los codos.

Esta no era la respuesta que la profesora aguardaba, pero la mujer se percató de inmediato de que no recibiría otra mejor por mucho que insistiese. No había nada más que decir así que, antes de dejarlo marchar, alentó a su alumno con un breve consejo.

—Sigue así, pronto encontrarás el camino que estás buscando.

«¡Claro que sí!», pensó Adrián, pero no dijo absolutamente nada. Apretó la mano que llevaba en el bolsillo del pantalón, sintiendo como la fuerza de su talismán le traspasaba los dedos. Sentía la energía en el antebrazo, en el codo, le llegaba ya hasta el hombro... Aflojó la mano antes de que le quemase demasiado, sonrió de nuevo a la mujer y se echó a andar por el pasillo en dirección a la salida, donde Mónica estaba esperándolo.

Adrián no podía hablar con doña Ermitas de lo que ya sabía, decirle que por fin había encontrado la senda que se había abierto para él muchos siglos atrás y que estaba de su mano que se cumpliera la profecía. Muy pronto.

CAPÍTULO II

El descubrimiento

LA VIEJA IGLESIA de San Pedro era una joya del románico medieval que, en lugar de construirse con planta de cruz, como el típico templo de su época, ocupaba una curiosa superficie irregular.

Rodeada por construcciones que habían ido arrebatando el espacio de su entorno a lo largo de los siglos, la iglesia había conseguido sobrevivir a guerras, incendios y terremotos, cambios políticos, planes urbanísticos e intereses inmobiliarios que a punto habían estado de borrar aquella singular construcción de la faz del planeta en más de una ocasión... Por fortuna, aún no lo habían conseguido.

A escasos metros se había erigido, hacía ya medio siglo, un gran caserón de tres plantas destinado a albergar un gran hotel. En las últimas décadas, después de fracasar el proyecto, la elegante edificación se había transformado en el instituto de bachillerato superior que tanto necesitaba la villa.

Y así convivieron durante años el centro de enseñanza y la iglesia que Adrián observaba cada día a través de la ventana de su aula, vecinos que se daban la espalda separados por un pequeño patio enrejado.

Al principio en la iglesia no veía nada más que una pared de piedra desgastada por el paso del tiempo, manchada de líquenes y musgo. Pero aquel chico tampoco estaba para mucho más.

Él nunca había pedido cambiar de vida.

Bien, quizás alguna vez, molesto por las normas tan estrictas que le habían impuesto en casa, podía haberse imaginado una vida feliz sin padres ni deberes, o sin madrugones para coger el autobús a las ocho de la mañana... Pero no que le sucedería aquello.

Porque la desgracia llegó sin llamar, como tiene por costumbre.

Una tarde, meses atrás, cuando estaba jugando con sus amigos al balón, su madre fue a buscarlo a toda prisa.

—¿Qué pasó, mamá?

—Ahora te lo explico —indicó ella, muy nerviosa, cuando subieron al coche. La expresión de su rostro, que evidenciaba un gran esfuerzo por contener el llanto, presagiaba alguna desgracia.

—Nos vamos al hospital. Papá ha tenido un accidente.

Adrián, aunque aturdido, quería saber y no dejó de atosigarla durante todo el trayecto con preguntas y más preguntas. Una lágrima en el rostro de la madre y el silencio, interrumpido solo por la bocina de otros coches en medio del atasco, fueron las respuestas.

El camino hasta el centro hospitalario se le hizo eterno pero el tiempo pareció detenerse para siempre cuando, en la cuarta planta, el cirujano los recibió con la mala noticia.

—Lo siento. No hemos podido hacer nada.

La comunicación del fallecimiento lo golpeó directamente en el corazón y lo que vino a continuación fue una

pesadilla absurda de la que quería olvidarse lo antes posible. Solo en ocasiones, en sueños, se veía a sí mismo disfrazado con aquel traje negro que le habían prestado por un día, al lado de su madre, también vestida de luto, caminando tras el coche de la funeraria.

El despertar siempre era igual, con un grito y bañado en su propio sudor, después de colocar aquella pesada corona de flores sobre la fría lápida bajo la que descansaba su padre, en aquel cementerio al que no había regresado nunca más.

Comenzaba un período de ausencia, una existencia que durante un tiempo Adrián llegó a comparar con aquel muro de la iglesia de San Pedro, manchada de líquenes y musgos, que iba desgastándose lentamente con el paso de los siglos.

Para Adrián, al gran vacío que había dejado la ausencia definitiva de su padre se sumaba en aquel instante el dolor por las pequeñas pérdidas de la vida propia. Todavía no habían regresado del entierro y su madre ya le estaba informando de que se marchaban de la ciudad, de que iban a dejar la casa en la que había pasado toda su vida, para iniciar juntos una nueva andadura.

No es fácil cambiar de ciudad y de vida, huir en dirección a lo desconocido sabiendo que no hay marcha atrás. Nunca es fácil, pero quizás la primera vez sea la peor. Quema en el alma cortar las raíces y despedir a los amigos con la promesa de mantener esa amistad, sabiendo que probablemente no será fácil de cumplir. O no desees hacerlo.

Un viaje en dirección al noroeste, un destino a casi mil kilómetros de distancia, un nuevo instituto, nuevos amigos entre viejos conocidos...

—Ya verás, cariño, como este cambio nos va a sentar muy bien —dijo su madre—. Ya sé que al principio puede parecer algo difícil, pero muy pronto te sentirás en casa.

Adrián había estado en Galicia en varias ocasiones, pero solo de visita. Aquella tierra, en la que sus padres habían nacido y vivido hasta la juventud, le parecía muy bonita para disfrutar de unas buenas vacaciones de verano... pero nada más.

En aquel lugar había hecho un grupito de amigos con los que iba a la playa, paseaba en bicicleta y, de esto era mejor que no se enterase su madre, una vez había salido en busca de nidos de gorriones, a cazar salamandras y, últimamente, a fumar a escondidas. Pero pensar en trasladarse allí «definitivamente»... ¡Ni de broma!

Cuando el camión de mudanzas se marchó, dejando todos sus muebles amontonados en el patio de aquella casa de aldea y las cajas con sus cosas sobre el suelo de una habitación vacía, Adrián creyó que iba a morir. Hasta aquel momento el fallecimiento de papá, el entierro, la mudanza... Todo le había parecido un mal sueño.

Ahora, sentado sobre una caja de cartón cerrada con tres vueltas de cinta de embalaje blanca, escuchando el jaleo que organizaba su madre mientras colocaba sus pertenencias en el cuarto contiguo, se percató de que aquello iba totalmente en serio.

—¡Venga, cariño, tienes que guardar tus cosas!

El rostro de la mujer apareció en el marco de la puerta. Era muy guapa, pero los sufrimientos de las últimas semanas habían dejado huella en su rostro, marcado con unas grandes bolsas bajo los ojos. Ahora trataba de sonreír.

—Adrián, vamos... ¡No tenemos todo el día! —advirtió mientras echaba mano de la primera de las cajas, que liberó del precinto con un pequeño cuchillo.

Ropa, libros, viejos juguetes... El chaval no había querido dejar nada atrás y ahora sus pequeños tesoros de la infancia se amontonaban sobre el suelo, esperando un lugar definitivo en algún estante.

Fue entonces, mientras guardaba sus cosas en un gran armario de madera de roble empotrado en la pared, cuando mamá le dio el amuleto.

—¡Adrián, toma! Imagino que tu padre querría que fuese para ti —indicó, posándole con cariño un objeto metálico en la mano, que mantuvo cerrada entre las suyas por un instante.

El chaval observó con curiosidad aquella pieza de metal viejo que le ocupaba buena parte de la palma. Parecía una gigantesca moneda antigua, aunque también podía tratarse de una medalla porque tenía un enganche para pasarle una cadena.

En una cara, un animal con boca de cocodrilo abierta, gruesas patas palmeadas rematadas en garras, un cuerpo cubierto de escamas, alas de murciélago cubiertas de plumas y tres colas de serpiente, lo miraba a través de su ojo de piedra roja.

¿Era un dragón?

En el reverso, un animal semejante, quizás más majestuoso, mostraba una pose serena. En este caso el monstruo estaba recostado al cuidado de lo que parecía un huevo, con la boca cerrada sobre las patas delanteras. Su mirada le llamó poderosamente la atención: era verde esmeralda y brillaba, tranquilizadora, a la luz del sol.

—¿Qué es, mamá?—preguntó, buscando una explicación al inesperado regalo.

La mujer encogió los hombros.

—No lo sé. Lo he encontrado entre las cosas de tu padre. A él también le gustaba guardar tesoros de cuando

era niño. Supongo que formaría parte de algún juego. Pero si no lo quieres...

El chaval cerró la mano de inmediato, llevándosela al pecho.

—Por favor... ¡claro que lo quiero!

La madre echó una rápida mirada a la habitación, en la que ahora podían verse docenas de pequeños objetos esparcidos en montoncitos, en un desorden que le resultaba familiar.

—Bien, pero si me lo encuentro tirado por ahí volveré a guardarlo con mis cosas —le advirtió.

Poco sabía la mujer de la importancia que aquel amuleto habría de tener en la vida de su hijo. Es más, durante un tiempo tampoco Adrián le prestó demasiada atención.

Ocurrió más o menos por la sexta semana de curso, en la primera mañana de lluvia de aquel otoño gris. El aula del cuarto curso de la ESO en la que lo habían escolarizado lindaba con un pequeño patio enrejado, que no ofrecía mayor atractivo para la vista que las peleas que mantenían palomas y gaviotas por los residuos de un contenedor de basura.

Al chaval ya lo habían pescado mirando por la ventana en más de una ocasión, con el consiguiente castigo sin recreo o con deberes extra para casa, pero le daba absolutamente igual. Ni tenía amigos con los que pasar el tiempo libre ni ganas de hacer nada por las tardes, así que continuaba mirando por la ventana hora tras hora, día tras día.

Aquella mañana, con la lluvia, los colores de la iglesia románica habían cambiado. Los rayos de sol que se filtraban entre las nubes y la humedad que lo impregnaba todo hacían extraños juegos de luces y sombras, descubriendo un nuevo rostro de San Pedro. El viejo templo

estaba lleno de enigmáticos símbolos en los que apenas había reparado hasta entonces.

Desde su lugar Adrián podía ver perfectamente el bestiario de la fachada, unos monstruos que, gracias a la lluvia que matizaba los grabados en la piedra, parecían cobrar vida después de mucho tiempo olvidados.

En el pórtico, unas figuras de santos recibían a los fieles en postura sedente, con las manos abiertas en señal de bienvenida. Y luego, en los capiteles, podía vislumbrar imágenes de distintos seres fantásticos que no sabía distinguir.

Fue aquella mañana, al mostrarle la lluvia aquella cara misteriosa de San Pedro, cuando el chico descubrió lo que parecía una de las caras de su medallón, esculpida en la piedra. Y luego, fijando la vista un poco más allá, en un perfecto juego de simetrías intuyó lo que podía ser la otra faz.

Aún sorprendido por su descubrimiento, se percató de que una monstruosa efigie alada, de mayor tamaño, miraba directamente en su dirección desde la cornisa. Siempre había estado allí, cierto que ya la había visto el primer día, pero...

Pero en esta ocasión el chico y la piedra se miraron cara a cara y entonces, como si tal cosa fuera posible, el dragón le guiñó un ojo.

Mientras, ignorando lo que le estaba sucediendo a Adrián, el profesor de Historia, don Alberto, instruía al resto de la clase sobre los «guardianes» del milenario templo.

—Las gárgolas son elementos decorativos que los constructores de la Edad Media colocaban en los desagües de los tejados de iglesias y catedrales. Pero en este tipo de construcciones también es habitual la presencia de otros

monstruos y seres fantásticos que eran instalados en las fachadas una vez rematada la obra de construcción. Es el caso de las quimeras, cuyo objeto es proteger al templo e intimidar a los pecadores.

El docente sabía cómo mantener la atención de los chavales.

—Un dragón puede ser una serpiente aterradora que defiende tesoros. Por este motivo nuestros antepasados la utilizaron como insignia militar, adornaron sus escudos y las proas de los barcos. El dragón, no lo olvidéis, ahuyenta a los enemigos y representa el poder. Si echáis un vistazo a la vecina iglesia, además de las dos palomas que están al resguardo del alero podréis descubrir algún dragón dormido —indicó a los alumnos, que escuchaban sus palabras expectantes.

Toda la clase se levantó de sus asientos, intentando vislumbrar el mítico animal escondido en San Pedro. Adrián, que desde su pupitre ya había descubierto al menos siete imágenes en posturas diferentes, también se aproximó a la ventana pero se mantuvo callado.

Entonces el profesor señaló el viejo templo y lanzó la pregunta.

—¿Qué hace un dragón sobre la puerta de la iglesia? ¡A ver si alguien lo sabe y nos puede ilustrar!

Un rumor creciente se extendió por el aula mientras cada cual proponía sus propias teorías. Adrián no fue el primero en hablar, ni siquiera tuvo conciencia de hacerlo, pero su voz fue la única que se escuchó en la clase.

—Vigila. Está aguardando a que llegue su tiempo.

Y se hizo el silencio.



Han pasado varios años desde el día que Adrián recibió un misterioso medallón con un dragón grabado en cada cara. Entonces no podía sospechar nada de lo que el destino le deparaba, pero un suceso inesperado lo lleva hasta un pueblo recóndito donde un dragón idéntico al del medallón amenaza desde la fachada de la iglesia.

Solo unos pocos conocen la existencia de la profecía que cambiará el curso del universo para siempre. Adrián y su amiga Mónica tendrán que buscar respuestas en los libros prohibidos de la vieja biblioteca familiar y adentrarse en las catacumbas, todo para recorrer por fin la senda que, hace siglos, los caballeros de la Orden de Dragal dejaron abierta para él.

1578220

ISBN 978-84-678-7096-1



9 788467 870961